



VOL: AÑO 9, NUMERO 24

FECHA: ENERO-ABRIL 1994

TEMA: LA SOCIOLOGIA EN MEXICO: Una aproximación histórica y crítica

TITULO: **Psicología política: Hacia la prospectiva del ciudadano**

AUTOR: César A. Cisneros Puebla [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Desde un diagnóstico sobre la evolución de la psicología política en el contexto nacional, se establece una aproximación a las estrategias prospectivas en su vínculo con la producción de la discontinuidad. La existencia de una multiplicidad de temporalidades sociales en un presente dado se aborda con el fin de replantear la concepción de sujeto en su integración con las dinámicas de estabilidad y ruptura del orden civil. En esa dirección, el tema de la imaginación sobre el futuro es definido en el marco de las metodologías prospectivas. A ello se articula una propuesta de psicología política que, sin desdeñar el pasado, se aventure a explorar las posibilidades de lo virtual y deseable. En esta propuesta es fundamental el estudio de las diversas dimensiones del ciudadano como proceso subjetivo-cultural.

ABSTRACT:

Political Psychology: Towards Citizen Prospective

Starting with a diagnosis regarding the evolution of political psychology in a national context, an approach to the prospective strategies is established in its link with the discontinuity production. The existence of multiplicity of social temporalities is undertaken in order to restate the understanding of individual within his integration of the dynamics of stability and rupture of civil order. In this manner, the topic of imagination about the future can be defined in the structure of prospective methodologies. A political psychology proposal is also included without ignoring the past, and it dares to explore the possibilities of what is virtual and desirable. In this proposal, the study of different dimensions of the citizen as a subjective-cultural process is positively fundamental.

TEXTO

Actualmente en la ciencia social se observa el examen amplio y riguroso de lo que podemos llamar pensamiento dicotómico. Ello se asocia, sin duda, a la reaparición de algunas discusiones a partir del ascenso de las corrientes ideológicas aglutinadas alrededor de lo que se reconoce como neoliberalismo. De esta manera, dicotomías como público-privado, actor-sistema, estrategia-comunicación, continuidad-discontinuidad, sociedad civil-sociedad política y Estado-mercado, entre otras, se encuentran hoy ante nuevas definiciones.

El conjunto de reflexiones producidas al respecto se han articulado con un eje particular de discusión que, hoy por hoy, no ha perdido su vigencia: nos referimos al problema de la democracia. A tal magnitud se han diversificado las voces sobre el asunto que ya no sólo

pensamos en ella desde el ángulo del quehacer político que la define de cara a las demandas populares, como tampoco la cuestionamos exclusivamente a partir de los efectos que tienen las estrategias modernizadoras sobre la institucionalización del conflicto social. Hoy también ubicamos su imperfecta e inacabada forma de vida al mirarla desde los escenarios inciertos de la velocidad y el vértigo de los cambios sociales, además del impacto de las nuevas tecnologías sobre la vida cultural de las naciones, tal como ocurre en las llamadas utopías de las sociedades postindustriales.

Es por la tónica de los cambios vertiginosos en las formas de socialidad vinculadas al consumo, las prácticas políticas, las subjetividades sociales y la vida cotidiana, que nos parece apropiado definir a nuestro tiempo como un proceso de recomposición: como el tránsito hacia formas diferentes de civilización. Aquí hablamos de transición para referirnos al proceso mediante el cual con una apelación al futuro, que a la vez que ordena el presente concede significado y valor al pasado, todos los colectivos sociales constituidos en sujetos de acción política se enfrentan entre sí, tratando de validar cada uno su propio ejercicio, teniendo como resultado inmediato la descomposición evidente de las certidumbres sociales constitutivas del orden. La transición acompaña al caos a partir de que cada proyecto de realidad, en tanto posee estatuto intersubjetivo, reclama para sí la única capacidad de dirigir el proceso de reconstrucción social.

Por otro lado, hablamos de civilización para referirnos a aquellas interdependencias y acciones recíprocas entre individuos, colectivos e instituciones que, desde la intimidad, privacidad y publicidad, configuran y condensan la estructura afectiva de lo social. De esta manera, antes que dar origen solamente a las estrategias instrumentales de convivencia humana, el proceso civilizatorio otorga fundamento ético a las posibilidades reales o virtuales de interacción social.

Desde la perspectiva que aquí estamos formulando, civilización, democracia y transición aparecen como los momentos fundamentales de la encrucijada de nuestro tiempo. A partir de ellos es objetivo del presente ensayo presentar una discusión conceptual sobre la pertinencia de la psicología política como disciplina emergente en este fin de siglo.

Lo que aquí interesa es invitar a una indagación que, sin perder de vista la crítica al pensamiento dicotómico, sea capaz de mostrar la insuficiencia de la tradición metodológica en ciencia social que toma al análisis post factum como el único modelo posible de investigación. De esta forma, pretendemos establecer una lectura psicosocial sobre las estrategias prospectivas de diseño de futuros al vincularlas a la producción de la discontinuidad social. Al contextualizar el desarrollo de la psicología política en nuestro país, este ejercicio de definición perfila nuevos horizontes de análisis particulares a esta disciplina: esto es, la acumulación de ideas alrededor de lo subjetivo exige valorizar nuevamente sus dimensiones. Por último, se llama la atención sobre el proceso ciudadano al ser considerado como el puntal de la recomposición social.

Psicología política: en la búsqueda de un rostro

Desde hace casi un siglo hay preocupaciones por indagar la naturaleza del control social. En sus inicios, lo que hoy reconocemos como psicología política se interesaba por reflexionar sobre las fuentes de la irracionalidad en la vida pública. Por ejemplo, al ascenso de las masas en la participación del horizonte sociocultural se asociaron conceptos como psique colectiva, contagio, carisma e instinto social, entre otros, que marcarán los derroteros de una época de investigación.

Así, desde Le Bon hasta la Escuela de Frankfurt se encuentran proyectos de trabajo que ya desde la conceptualización de la muchedumbre, el símbolo y la comunicación, el rumor

y los públicos, la personalidad y la cultura, el autoritarismo y la familia, y la represión y el prejuicio, entre otros, formarán parte del enorme y amplio bagaje que hoy forma a esta disciplina. En ella, encuentran un lugar adecuado tradiciones de pensamiento involucradas en el estudio de las relaciones entre la subjetividad social y el ámbito político; o las que se interesan en ubicar las formas de aplicación de principios psicológicos a la explicación coherente de fenómenos políticos o aquellas que implican el descubrimiento comparativo de experiencias culturales dispares en la construcción de identidades colectivas.

Este amplio espectro de vínculos entre la psicología y la ciencia política tomará carta institucional de legalidad en los Estados Unidos durante el período de entreguerras (Deutsch, 1983) a partir de los trabajos de Merriam y Lasswell. Sin embargo, no será sino hasta 1978 cuando se funda la International Society of Political Psychology (ISPP), que esta interdisciplina trataría de replantearse su desarrollo y ubicación en el plano de las ciencias sociales y humanas. A partir de esa fecha, pueden describirse algunos de los temas claves de la psicología política: socialización política, comportamiento electoral, movimientos sociales, interacción grupal, liderazgo y estructuras políticas, percepción y cognición, entre otros. Los que, indudablemente, abrieron formas de intercambio y comunicación con la sociología política.

Aunque algunas de estas dimensiones de análisis se hayan conservado intactas o enriquecidas hasta nuestros días (Moya y Morales 1988) existen otras que se mostraron prácticamente inviables, tales como los estudios psicológicos de los militares profesionales o de los militantes políticos que, al concentrarse en estudios de caso claramente biográficos, no formularon aportación teórico-metodológica alguna.

En todo caso, es importante reconocer la permanencia de enfoques de investigación estrictamente individualistas que han obstaculizado la fundamentación conceptual de la psicología política. No obstante ello, se han establecido (Seoane, 1988) tres grandes tipos imprecisos de definición de esta disciplina: a) la referida a la aplicación del conocimiento psicológico a los problemas políticos del momento; b) la que la conceptualiza como el estudio de la interacción de fenómenos psicológicos y políticos, y c) la que se perfila como el análisis de los fenómenos histórico-colectivos asociados a la construcción de identidades.

Para el caso de América Latina es imprescindible ubicar las contribuciones de Martín-Baro (1988) como una de las figuras más sobresalientes en esta disciplina desde la década de los setenta. También es de singular trascendencia el esfuerzo realizado por Montero (1987) a fin de hacer confluir diversos ángulos y experiencias regionales de análisis en torno a diferentes problemas políticos. Sin duda, la trayectoria de los proyectos de psicología política en nuestro continente han estado estrechamente vinculados a la formación de conciencias étnicas y al fortalecimiento de organizaciones sociales: todo ello como resultado de la aplicación de los esquemas de la investigación-acción, de la metodología cualitativa o de la investigación militante. Aunque reciente, la experiencia de la psicología política en México (Mota, 1990 y Fernández, 1991) se encuentra anclada a la tradición de carácter interpretativa sobre el ser nacional, desarrollada desde los ensayos de Paz y Ramos.

De singular importancia fue el período de investigación latinoamericano sobre identidad y carácter nacional que, con horizontes cuantitativos y herencias wundtianas (Béjar, 1986), formó parte trascendente de algunas inquietudes de psicólogos sociales. En esa misma dirección, los estudios sobre premisas socioculturales del mexicano desarrollados desde la década de los cincuenta (Díaz-Guerrero, 1979) van perfilando metodologías de amplio impacto e interés en el seno de la psicología. También ha sido relevante el estudio

sistemático sobre actitudes políticas y percepciones subjetivas (Segovia, 1975) formulado desde los marcos de la ciencia política.

De otra parte, ya sea en investigaciones sobre identidad realizadas desde la antropología (Bartra, 1984), o ya sea sobre el prejuicio realizadas desde los marcos de la historiografía (Gómez, 1992), se muestra que el campo específico de la psicología política representa un espacio de frontera en la producción científico social de nuestro tiempo nacional. Aunque también, ello quizá responda a la exigencia de conceptualizaciones nuevas que sean capaces de mostrar la riqueza de la vida subjetiva de la sociedad. Sin duda, la investigación reciente sobre los sistemas sociales (Luhmann, 1991), sobre la eticidad de las formas de vida (Habermas, 1991) o, por último, sobre la democracia como intersubjetividad (Lara, 1992), también hablan de la renovación de los proyectos de investigación y acerca de la jerarquía de niveles involucrada en el ejercicio de la creación teórica.

Desde este panorama tratamos aquí de formular una propuesta de carácter conceptual que involucre la necesidad de definir al ciudadano concreto como objeto de investigación de la psicología política, por un lado, y que ubique dicha incursión en los planos de la reflexión prospectiva sobre las dimensiones temporales del cambio social y la producción de la discontinuidad, por el otro, a la vez que no resulte alejada de o poco sensible a la discusión teórica contemporánea.

Rupturas en la temporalidad social

Aun cuando en particular necesitemos hablar de lo que expresa el problema de la temporalidad social en psicología política, sostenemos la idea de que lo expuesto enseguida es extensivo al conjunto de las ciencias sociales. Por esta razón, en este apartado trataremos de establecer un marco global de reflexión sobre el estatuto conceptual de dicho problema.

El proceso de construcción de la sociedad no se encuentra inscrito en el significado del tiempo habitual. Así, el cambio social puede estar ocurriendo a pesar de que el tiempo parezca "seguir siendo el mismo". O dicho de otra manera, para el esfuerzo del historiador, por ejemplo, en su afán de reconstruir lo pretérito ya no es suficiente mantener una noción de tiempo basada en definiciones seriales de acontecimientos.

Tampoco es sostenible una concepción de sujeto que descarte su variabilidad y transformación a lo largo de su propio deslinde público. En esta perspectiva, la unidad entre sujeto y tiempo establece los límites definidos de la temporalidad social. A partir de ella nos referimos al dinamismo con el cual cada grupo o colectividad crea su entorno desde las certidumbres compartidas. Sus efectos manifiestan un orden y jerarquía distintos en el que han de ubicarse los conflictos necesarios o accidentales al desarrollo del horizonte de comprensión desde el que se atisba lo diferente.

Y resulta evidente que al reconocimiento de la multiplicidad de temporalidades sociales coexistentes en un momento particular de la producción de la sociedad, le siga la afirmación de lo heterogéneo. Y no es debido a la presencia de vasos comunicantes entre experiencia y transcurrir que se deba brindar rango de utilidad a la subjetividad en acción: cualquier experiencia ocupa un lugar o un instante; hasta lo inútil cobra relieve y significados con el ineluctable paso del minuto. En realidad, el sujeto individual o colectivo, por los matices de la intersubjetividad compartida, nunca "pierde el tiempo".

Es por esta razón que toda búsqueda de consenso alrededor de todo proyecto de orden deseado (Lechner, 1986), ha de encontrar respuesta a partir del análisis de las

temporalidades sociales. En la medida que experiencias múltiples se aglutinan hacia un centro de dirección, independientemente de sus acentuadas diferencias, el proyecto de sociedad va perfilando su camino. Aunque desde la voz del poder establecido sólo sean reconocibles las tonalidades de una sensibilidad pública hecha temporalidad social de su dominio, se ha de reconocer que su legitimidad misma como institución reguladora del orden, se sustenta en una mirada selectiva sobre la validez de cualquier otra subjetividad social en acción política.

Ciertamente, todo tipo de consenso (activo, forzado, pasivo, difuso o negativo) requiere de la amplitud necesaria para ceñirse a los límites de las certidumbres colectivas a los que obliga la intersubjetividad legítima que lo sostiene. Desde esta perspectiva, los problemas de gobernabilidad o ingobernabilidad (Jessop, 1982) sobre una sociedad actuante se tornan en asunto de manejo psicosocial dirigidos al control del horizonte de posibilidades que es cualquier temporalidad.

Insistentemente aparece la necesidad de reconocer que el presente no es un tiempo; es la conjugación de multiplicidad de temporalidades sociales en acción independiente cada una. Por esa razón hablamos todavía de él, no como velocidad de lo instantáneo, sino como vértigo de lo posible. Una temporalidad social, como presente, es horizonte de posibilidades cuya secularización de lo pensable, decible y comunicable abre las puertas hacia el extrañamiento de la alteridad. En efecto, la capacidad de otorgar nombre a lo otro supone, de principio, la institucionalización del conflicto mediante el establecimiento del orden político.

Toda sociedad está atravesada por las desgarraduras de temporalidades impermeables y/ o irreconocibles entre sí: de ahí, por ejemplo, surge la confrontación entre modernidad y tradición. Las culturas híbridas (García Canclini, 1991) que dibujan el presente latinoamericano sólo dan testimonio de la pluralidad de subjetividades sociales conviviendo en superficies profunda y recíprocamente impenetrables.

Por tanto, no hemos de contentarnos solamente con asignar un carácter nacional-popular a los aconteceres de la vida pública de socialidades definidas en su relevancia temporal, tal como se realiza en los cada vez más renovados discursos nacionalistas. Ni autoritariamente pretender orquestar desde el poder institucionalizado una sola melodía a lo plural y heterogéneo existente como subjetividad social. El orden civil, pese a dominios políticos o a regímenes dictatoriales, se encuentra anclado a la continuidad histórica de las temporalidades. Es en el proceso civilizatorio (Elías, 1987) donde se fundamenta, en tanto orden civil, la pluralidad de temporalidades sociales como ejercicio de creatividad colectiva. Preguntamos sobre los límites del presente es, sin lugar a equívoco, llamar la mirada y la atención sobre la estructura racional-afectiva de la sociedad civil. Si los límites de éste son asumidos desde lo heterogénea y diversa que es la temporalidad, no nos resta más que asumir, con la pasión debida, la inminencia del fracaso para todo aquel ejercicio autoritario que pretenda definirlo. Al no existir temporalidad única, sólo se descubre la posibilidad de emergencia civil de lo infinito.

En esa medida, el presente es siempre orden político, dado que sus dimensiones se forman mediante la acumulación de certidumbres. Y aquí el científico social no escapa a los límites que lo público define en su momento. Pero también su trabajo posee relevancia política debido a que su intervención analítica problematiza en tomo al interés que la propia sociedad deposita en los acontecimientos o procesos a los que él mismo dirige su atención. Al hacerlo, viaja tomado de la mano de una temporalidad social: aquella sobre la cual define la importancia y trascendencia de su propio trabajo de investigación y difusión.

Cuando asumimos que la ciencia social es generadora de cultura, estamos reconociendo que nuestras ideas impregnan al desarrollo de la vida con orientaciones prácticas. Sin embargo, cuando el hacedor de ciencia dirige su mirada sobre los sucesos de actualidad puede contribuir a la edificación de una arquitectura conceptual anquilosada e inmóvil ante los avatares de una temporalidad en continua transformación. De esta manera, es necesario afirmar que la actualidad del presente estudiado por el investigador, en muchas ocasiones y a pesar de metodologías involucradas, pierde vigencia ya en el momento de la comunicación pública.

Sin lugar a dudas, hemos de reconocer que al momento de su presente el científico social se ocupa, sin interrogarse sobre el tamaño del mismo, de eventos ya ocurridos. De hecho, ya sea frente a la brevísima, breve, corta o larga duración, sus labores de investigación se encuentran encerradas en el círculo del post factum, es decir, de lo ya ocurrido. Pero ello no exige que nos volquemos todos hacia el necesario análisis llamado "de coyuntura". Únicamente estamos indicando la posición del científico social frente a la producción de la temporalidad a fin de llamar la atención sobre la inevitabilidad de un cambio de enfoque.

Y si esto acontece en el análisis de las estructuras sociales abordadas por el politólogo, antropólogo, economista o sociólogo, ni qué decir de las subjetividades estudiadas por el psicólogo social o político. La velocidad del cambio en las estructuras no se corresponde ni es paralelo al cambio en los procedimientos del pensamiento colectivo.

Prospectiva y producción de lo discontinuo

Si las dimensiones de la temporalidad social no mantienen un sentido y orientación homogéneos ni para el grupo de participantes o investigadores, y si tampoco se insinúan acuerdos sobre las formas del cambio, resulta incuestionable que lo estable de un sistema social puede ser visto, de alguna manera, a partir de la continuidad de sus propias temporalidades. En ellas se condensan el ritmo, cadencia y velocidad de las posibles rupturas del orden; es decir, en lo continuo de un presente germina su eventual transformación. O dicho de otra forma, en todo presente posible las certidumbres sociales suelen dejar libre el paso a la aparición de la duda.

Así, la continuidad de un orden presente semejaría un mar sin aguas profundas ni turbulencias agitadoras. Por ello es que su estabilidad es, siempre, sólo aparente: en su interior se mueven, como hemos afirmado, las más disímolas aspiraciones por realizar secuencias o escenarios alternativos de reconstrucción social. Los presentes varios suelen estar constituidos o de tradición, orden y legitimación (en subjetividades existentes en la forma de creencias y representaciones sustentadoras de la ruptura fundacional y acumulada "del ser") o de crítica, desorden y deslegitimación (como subjetividades que privilegian necesidades o tendencias hacia "el deber ser").

De esta forma, la imaginación acerca del futuro ha acompañado siempre a la humanidad; y no solamente en momentos de angustia: desde los oráculos de Delfos, las aportaciones de Tucídides y Platón, las aproximaciones apocalípticas, teológicas o proféticas de la tradición judeocristiana, las utopías medievales, las ficciones proféticas dieciochescas, los proyectos emancipadores del siglo XIX y los catastrofismos o futurismos del presente fin de siglo se han acumulado preocupaciones sumamente inquietantes sobre el orden social deseado.

Hoy, sin embargo, la discontinuidad no es nada más resultado del azar, ni evento aberrante de la lógica de la historia, ni propuesta "contracultural" que emerja a partir de tensiones sociales irresolubles, ni realización terrenal de utópicas y milenarias visiones del porvenir. Es, por el contrario, acumulación de interacciones y movimientos sociales que, a

veces invisibles, se proyectan como duda, descontento o rebeldía descomponiendo la apariencia de lo inmóvil.

Si la discontinuidad significa una elección colectiva que, en momentos, es capaz no solamente de atraer miradas interrogantes sobre su producción (con sentidos diversos, como anomia, diferencia, desviación organizada o posiciones ultra), sino además busca desordenar el presente para establecer estrategias que influyan sobre espacios cada vez más amplios de recepción, nos encontramos ante un proceso cuyos valores y medios de acción serán articuladores del nuevo orden social.

Así, lo discontinuo, en tanto producción de un nuevo orden es, también, objeto de planificación. Sobre todo en los períodos de transición, todo es posible: entre el conservadurismo y la disidencia se matizan los grados psicosociales de la reconstrucción de la sociedad. La producción de lo discontinuo, dado que es proceso de transformación particular de las temporalidades sociales, a la vez que es propiedad y recurso de las masas y sujetos políticos en acción autónoma de la esfera estatal (Garcés, 1974), lo es, además, de las élites tecnoburocráticas.

La lucha social ya no se ubica, entonces, en el presente, sino en el futuro. Al cambiar nuestra concepción de sujeto y tiempo, somos capaces de mirar la historia, no en una lógica de destinos sino, por el contrario, en una lógica de decisiones. Nos encontramos, en consecuencia, ante el reto de generar o producir "lo que aún no es". La decisión siempre es pública en tanto involucra afectividades, discursividades no lingüísticas, memorias colectivas, identidad y comportamientos de innovación por nada constatados en el momento de su formulación. Lo que interesa no es el suceso particular ni la comprensión del sistema en el que funciona. Es la lectura indagadora, libre, holista, creativa, cualitativa y múltiple sobre el futuro, a partir de lo que "aún no es", lo que nos coloca en condiciones de romper la pregunta sobre el tamaño del presente. A partir de ahí, la toma de decisiones se perfila hacia el diseño de discontinuidades posibles y alternativas a fin de, evidentemente, elegir la más deseable y actuar sobre las rutas del presente inmediato que permitirán alcanzarla.

La prospectiva o diseño de futuros se ha definido, en el orden contemporáneo y de cara a las tradiciones de profecía, utopía, futurología o ficciones sociales, como el conjunto de herramientas teórico-conceptuales-metodológicas que permiten a un grupo de especialistas establecer los escenarios de comportamientos sociales diversos. En la historia de cualquier población, sin duda, tales herramientas han sido utilizadas desde tiempos lejanos a fin de formular los proyectos de nación a los que se aspira.

Con tal estado de cosas, la psicología política ha sido definida como disciplina histórica que estudia las identidades colectivas que sostienen o han sostenido, en temporalidades singulares, a todos los proyectos nacionales (Cisneros, 1990), en tanto continuidad en lo estable y discontinuidad en la transición. También podemos pensar, y sobre esa dirección apunta el presente ensayo, tal psicología realizando análisis prospectivos, es decir, no sólo adelantándose a los hechos, sino produciéndolos.

Dadas las incertidumbres, la prospectiva (Miklos y Tello, 1991) nos inscribe en la oportunidad de mirar, desde lo no acaecido -a partir de lo probable, posible o deseable- el desenvolvimiento libre de ataduras lógicas o históricas a cualquier proceso. La pregunta es: ¿cómo adelantarse a la fugacidad, al momento, de la temporalidad social?

Hacia este fin de siglo todo es sumamente atractivo; en particular lo son las reflexiones sobre lo verosímil del proyecto de futuro nacido desde el pensamiento dieciochesco y que se está mostrando fracasado e inconcluso en su prolongación: el racionalismo heredado

de la Ilustración está agonizando. Los rasgos singulares de tal acontecer se muestran en la amplitud de lo posmoderno y la pospolítica. Después de la Revolución de Terciopelo en Europa del Este y de cara a la transformación mundial, México, por ejemplo, ha tomado el camino de la integración a un mercado continental mediante el TLC. Con tal hecho se pone al descubierto, en el plano de la acción política, el fracaso de las ilusiones fundadas en el universalismo (Finkelkraut, 1988) que inundaron de optimismo a las investigaciones regionales sobre carácter e identidad nacional.

Asimismo, realizando análisis sobre Latinoamérica (Hodara, 1984) se han alcanzado a visualizar los impactos organizacionales ocasionados por las estrategias de planificación de futuro. Aquí nos atrevemos a formular la idea de que, con el ascenso de los tecnoburócratas que gobiernan nuestros países, tales estrategias han cobrado especial importancia y se han constituido en herramienta indispensable para las decisiones técnicas (como políticas públicas).

El papel de las utopías o de las visiones de futuro en las sociedades es prácticamente incuestionable a pesar de que hoy parezcan renovadas con el discurso tecnomodernizador.

Conclusión: subjetividades colectivas y renovación ciudadana

Los momentos de la encrucijada de nuestro tiempo a los que nos hemos referido desde el principio (civilización, democracia y transición), comparten un actor multidimensional que desde aquí y en el momento de la reflexión politológica contemporánea, es prácticamente imprescindible: el ciudadano. En efecto, el escenario y las luces hoy están puestos para que este curiosísimo personaje-producto de la modernidad esperada realice su obra. Esta ha de presentarse en la ciudad, en la cultura política, dentro de la opinión pública, en la defensa de la soberanía popular, en el marco de los procesos electorales y sistemas de partidos, entre otros subsistemas sociales.

La actuación del ciudadano responde, sin duda, a inveterados procesos de construcción cultural; es la condensación del proceso productivo de la sociedad civil. Desde donde quiera que lo veamos, sea en los ámbitos de la cotidianidad o en la vida pública, sus rostros se expresan como el material vibrante de las temporalidades sociales.

La ciudadanía hace de la sociedad civil el escenario máximo de la transición hacia una civilización democrática. Las múltiples temporalidades que conviven en este proceso hacen un laberinto de posibilidades abriendo cauce al complejo mundo del litigio político. Estos rostros varios de la ciudadanía son resultado del imbricado y yuxtapuesto conjunto de historias de vida que conforman al tejido social en su expresión más descamada: la calle, el barrio, el tránsito urbano, la miseria rural y el despojo local.

Aquí asumimos que, de frente a estas realidades y hacia el fin de siglo, el presente próximo se instituye en la transformación del actor ciudadano. La importancia de este actor radica, fundamentalmente, en la incompletud e insensatez de su proceso de aparición. A la pregunta ¿dónde están los ciudadanos? no se puede responder afirmando: participando en los procesos electorales. A la pregunta ¿dónde están los ciudadanos? tampoco se puede asegurar: cuidando y vigilando la legalidad y prudencia de tales procesos. A la misma pregunta, no hay lugar para decir: construyendo la defensa de los procesos democráticos. A ello habría que responder que se encuentra, desde la inmediatez de su vida cotidiana, estableciendo los márgenes posibles de su sobrevivencia digna, a pesar de todos los sentidos posibles que este presente de "dignidad" permita. Y a pesar también de todos aquellos discursos "triumfalistas" de la radicalización partidista de cualquier signo.

Debemos comprender entonces que cualquier acción de este personaje es resultado de formas de socialización política que involucran todas las estrategias, institucionales o no, existentes en el orden de lo civil. También habremos de reconocer que las políticas gubernamentales de control y dirección sobre la sociedad definen aspectos básicos de tal orden y, por tanto, generan espacios para la socialización misma. Algo ejemplar del tiempo presente es su capacidad para mostrar que las políticas de bienestar social (PRONASOL, v.gr.) son instrumento gubernamental del aprendizaje político de las masas. La fabricación de "ciudadanías responsables y participativas", a más de ser efecto de propaganda, genera la idea de transformación pacífica de las sociedades.

No obstante ser histórica y continuamente un hecho político (es decir, colectivo), por este procedimiento, el acto ciudadano se ha transformado en hecho técnico (esto es, individual). Ello es consecuencia de los diseños prospectivos que la nueva cultura política ha definido para nuestro presente. La atomización de lo social pasa, necesariamente, por la individualización de la demanda: sea ésta territorial, habitacional, de consumo o cultural. El ciudadano ya es un dato más, no en la dinámica modernidad de la computación electoral, sino en la compleja definición de lo que el interés social reclama.

Los lenguajes y códigos de esta modernidad están orientados por esta vía de atomización de lo político y la individualización de la experiencia colectiva; las llamadas "nuevas culturas políticas" encuentran en las ciudadanías altamente participativas desde la privacidad e intimidad el dique necesario para prevenir amplios embates de demandas excesivas de democratización. De hecho, ellas son prefabricadas desde el horizonte de un pensamiento neoliberal que pretendiendo ser vitalizador de la autogestión social, en realidad funciona como autoritario vigilante discursivo sobre otras alternativas colectivas.

Con todo lo anterior estamos afirmando que después de la crisis del Estado social se han ido concretando nuevos vínculos entre lo público y lo privado (Benjamín, 1991). A tal grado que la configuración de una temporalidad dominante le ha exigido a las esferas del poder institucionalizado fundar un nuevo orden sobre las bases de la ciudadanía individualizada. Así, la nueva política no posee rasgos instrumentales de atención a los desajustes actuales del acontecer social, sino que se dirige, preferentemente, hacia la elección de futuros deseables para la permanencia de su dominio y para hacer posible dicho orden. En síntesis, se trata de una forma de política que atiende no lo "que es" sino aquello que "ha de ser".

Desde nuestro punto de vista, este cambio de naturaleza en la política debe ser atendido por una psicología política que pretenda ser pensamiento social útil en una sociedad cambiante. Sobre todo cuando podemos afirmar que el futuro es también proceso de aprendizaje social dado que, finalmente, todo proyecto ha de asegurar la presencia de amplias subjetividades colectivas que se reconozcan en el orden planeado; esto es, la comunicación pública en torno a tal proyecto puede generar diversos movimientos sociales, ya de rechazo o aceptación.

El ciudadano es, finalmente, ese hombre de la calle tan reclamado por las disciplinas sociales contemporáneas, pero a la vez tan desconocido por ellas. La necesidad de reconstruir el proceso de origen y formación social de la figura "idílica de la modernidad", del ciudadano, ya ha sido mostrada para el análisis nacional (Escalante, 1992). Parecería como si después de dos siglos de exigencia dicha realidad no ha sido capaz de materializarse en comportamientos concretos. Sin duda, el primer indicio de su germen es la aparición de la duda: con el desarrollo de la problematización y cuestionamiento de lo familiar, todo ser se abre a la experiencia del extrañamiento. Con ello, se separa de su propio ámbito de seguridad y se aventura en la construcción de nuevos órdenes

simbólico-imaginarios que, inicialmente, le formulan la necesidad de romper las certezas por largo tiempo acumuladas; posteriormente, se le presenta la confrontación del deseo apenas emergente con "lo que es y ha sido"; al final, si asume responsablemente el proceso de creación para el extrañamiento de lo familiar se compromete con la necesidad del nuevo orden. Aunque simbólico, ello es capaz de desgarrar todas las venas de lo que indudablemente ya resultaba "incómodo".

Si estas condiciones son experiencia común y corriente, los movimientos que construyen nuevas formas de socialidad (redes humanas, comunicaciones inéditas y futuros deseables), han de asegurar su permanencia en la intersubjetividad de los participantes. Por el contrario, si no resultase la expansión creativa de esta intersubjetividad -llámese Sendero Luminoso, Frente Democrático Nacional, sociedad civil, subcomandante Marcos o Ejército Zapatista de Liberación Nacional- todas sus afirmaciones están condenadas a vivir en el ostracismo de cualquier ilusión.

A final de cuentas, y si ello fuese productivo para la sociedad civil, valdría la pena preguntarse si las ciudadanías renovadas son la piel de nuestra delirante temporalidad. El dilema consiste en averiguar durante cuántos presentes o minutos la mantendremos como ropaje, siendo éste de cualquier factura, temporalidad o punto de vista sostenible en público.

CITAS:

[*] Profesor-Investigador del Departamento de Sociología, UAM-Iztapalapa.

BIBLIOGRAFIA:

Benjamín, R. (1991), Los límites de la política, Alianza Ed, México.

Bartra, R. (1984), La jaula de la melancolía, Ed. Era, México.

Béjar, R. (1986), El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales, UNAM. México.

Cisneros, C. (1990), "Psicosociología de la democracia y transición política", Polis 90, Anuario de Sociología, Depto de Sociología. UAMI, México.

Deutsch, M. (1983), "Qué es la 'psicología política' ". Revista Internacional de Ciencias Sociales, UNESCO. Vol. XXXV. París, núm. 2. pp. 239-256.

Díaz-Guerrero, R. (1979), Estudios de Psicología del mexicano, Ed. Trillas, México.

Elías, N. (1987), El proceso de la civilización, FCE, México.

Escalante, F. (1992), Ciudadanías imaginarias, ColMex, México.

Fernández, P. (1991), El espíritu de la calle. Psicología Política de la cultura cotidiana, U. de G, México.

Finkelkraut, A. (1988), La derrota del pensamiento, Ed. Anagrama, Barcelona.

Garcés, J. (1974), El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende, Siglo XXI México.

García Canclini, N. (1991), Culturas híbridas, Conaculta, México.

Gómez, J. (1991), El movimiento antichino en México (1871-1934). Problemas del racismo y del nacionalismo durante la Revolución Mexicana, INAH, México.

Habermas, J. (1991), Escritos sobre moralidad y eticidad. Paidós, Barcelona.

Hodara, J. (1984), Los estudios del futuro: problemas y métodos, Instituto de banca y finanza, A.C., México.

Jessop, B. (1982), "El gobierno de lo ingobernable: acuerdo en la crisis", Revista Mexicana de Sociología 3, UNAM. México.

Lara, M. P. (1992), La democracia como proyecto de identidad ética, Anthropos. UAMI, Barcelona.

Lechner, N. (1986), La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado, Siglo XXI, Madrid.

Luhmann, N. (1991), Sistemas sociales. Lineamientos para una Teoría General, UIA/ Alianza Ed, México.

Martín-Baro, I. (1988), Acción e ideología. Psicología Social desde Centroamérica, UCA, El Salvador.

Miklos, T., Tello, M. (1991), Planeación Prospectiva, CEPFJBS A.C., Ed. Limusa, Noriega Ed., México.

Montero, M. (1987), Psicología política latinoamericana, Panapo Eds, Venezuela.

Mota, G. (1990), Cuestiones de Psicología Política en México UNAM/CRIM, México.

Moya, M., Morales, J. F. (1988), "Panorama histórico de la psicología política", en Seoane, J., Rodríguez, A. Psicología Política, Pirámide, Madrid.

Segovia, R. (1975), La politización del niño mexicano, Colegio de México, México.

Seoane, J. (1988) "Concepto de Psicología Política", México.